

Reseña bibliográfica

Wendy Ayres-Bennet y Helena Sanson (eds.). 2020. *Women in the History of Linguistics*. Oxford: Oxford University Press. 645 páginas.

Viviana Olchansky*

Universidad de Buenos Aires

Whilst inevitably pioneers and exceptional women will be of interest, space will also be given to the voices of non-exceptional women who nevertheless quietly moved forward our knowledge of languages, their description, analysis, codification and acquisition, *inter alia* (Ayres Bennet y Sanson 2020: 2).

Oxford University Press ha publicado en 2021 una obra que constituye un hito editorial dentro de la historiografía lingüística. En efecto, frente a la “historia oficial” (las mujeres participaron en la cultura como una excepción o a modo de contribución), las autoras presentan un recorrido por tradiciones diversas, europeas y no europeas, con la firme determinación de inscribir a las mujeres que formaron parte de la historia en una genealogía (de acuerdo a las categorías de Gerda Lerner [1975: 7-8], quien propone una nueva tradición historiográfica, basada en la hipótesis de que la relación de las mujeres con la historia era lo que explicaba la naturaleza de la subordinación femenina, lo cual era suficiente como para pensar en formular una teoría general de las mujeres en la historia). A partir de ese marco teórico, la obra nos acerca a una historiografía lingüística aplicada a las mujeres en sus propios términos, apartándose del campo disciplinar pensado por hombres en forma exclusiva. En este sentido, las autoras destacan que la intención del texto no es la promoción de una disciplina separada, en línea con los estudios de género, sino dedicar una obra enteramente basada en el rol de las mujeres en la historia de la codificación del lenguaje y la lingüística, como sucede en otras ciencias.

El texto ofrece, en sus diecinueve capítulos, un vasto recorrido por diferentes tradiciones culturales, desde la perspectiva historiográfica reseñada, es decir, no solo “intercalando” las producciones de las mujeres en las diferentes áreas que involucran al lenguaje, sino argumentando esta inclusión a partir de las categorías de la historia de las mujeres. Mención aparte merecen tanto el amplio repertorio de fuentes (manuscritas e impresas), como los índices de nombres y de conceptos, puesto que constituyen herramientas muy valiosas para investigadores y lectores no especializados, interesados en profundizar los contenidos de la obra. La publicación es, además, una obra colectiva, dado que junto a las autoras participaron especialistas de un considerable número de universidades y centros de investigación contemporáneos. Como observación metodológica, las autoras advierten que, en razón de que el acceso de las mujeres a la educación, el término “lingüística” es tomado en sentido amplio, es decir, incluyendo los trabajos provenientes de los márgenes de las instituciones tradicionales. En este sentido, señalan, las mujeres han contribuido a la producción de gramáticas, diccionarios, estudios filológicos, ediciones críticas, traducciones, interpretaciones, colaboraciones con colegas masculinos y notas y escritos diversos; han sido creadoras de lenguas y no solo meras transmisoras; han aportado a la descripción de lenguas exóticas, a la enseñanza de lenguas y a la elaboración de métodos para su adquisición; han intervenido en los debates sobre el lenguaje, sobre su uso y reglas, y han reflexionado sobre el lenguaje y los sistemas de escritura, tanto en la tradición europea como en la no europea. Esta

* Correspondencia con la autora: vivianaolchanskyprofesional@yahoo.com.

carencia de información es la que la obra se propone corregir, como así también abordar el problema causado por la supuesta limitación en la capacidad de expresión y pensamiento de las mujeres: sin dudas, su ingreso a las instituciones formales y su acceso a puestos académicos logró cambiar el rumbo de las actividades que desarrollaron, hasta concretar su profesionalización.

Reseñar esta obra presentó entonces un desafío doble: lograr presentarla en su justa dimensión, acorde a su importancia en el ámbito de la historiográfica lingüística; y conservar el espíritu con el cual fue concebida: darle visibilidad a lo invisible.

En el primer capítulo, Anneli Luhtala aborda el trabajo de las mujeres visibles e invisibles en la antigua cultura lingüística, tomando como punto de partida la pregunta por la naturaleza y el uso del lenguaje que irrumpió en la Grecia del siglo VII A. C. La autora muestra cómo, a pesar de que las mujeres formaron parte de la mayoría de las escuelas filosóficas de la Antigüedad (en los planos filosófico, cosmológico, ético y lógico, entre otros), sus aportes específicos no se encuentran registrados, salvo excepciones. Aspasia estuvo asociada a la Academia platónica y sus habilidades retóricas la ubicaron en el centro de la vida política de Atenas. Hijas y hermanas de filósofos cirenaicos y cínicos también participaron en la actividad de sus pares hombres. Hipatía dirigió la Academia y llegó a dominar las teorías del lenguaje más avanzadas de su época. Son ejemplos de las mujeres excepcionales, es decir, aquellas que tuvieron el privilegio de nacimiento o status social, porque la norma general para las mujeres era casarse y tener hijos: la vida virtuosa se relacionaba con los roles tradicionales de madre y esposa. De todas maneras, las mujeres participaban de los festivales religiosos, casamientos, actos funerarios, porque recitaban oraciones e himnos en alabanza a las diosas. El estudio de la literatura y las habilidades del lenguaje tenían un papel importante en la educación antigua. Las niñas recibían educación primaria en sus casas, pero existe evidencia arqueológica que sugiere que ciertas jóvenes asistían a clases fuera del hogar. En el período arcaico, encontramos unas veinte mujeres que se dedicaron a la poesía: Safo y su comunidad religiosa; Corina, quien es conocida por haber sido la maestra de Píndaro y su vencedora en cinco competencias de poesía. Algunas de ellas fueron conocidas no solo por la poesía sino porque participaron de actividades atribuidas a los hombres en la sociedad, como Telesilla de Argos, renombrada por su rol heroico en el liderazgo de su *polis* en una crisis militar, y Cleobulina de Rodas, quien tuvo especial influencia en el modo de gobernar de su padre. La escuela pitagórica contó con Temistoclea, y se subraya el hecho de que, de las cincuenta mujeres filósofas conocidas en la Antigüedad, veintiséis fueron pitagóricas. En *República*, Platón planteó la necesidad de que tanto los hombres como las mujeres sean educados, debido a que comparten las mismas virtudes y porque es irracional dejar la mitad del potencial del estado sin utilizar (Platón, *Leyes*, VII, 805 a). Su escuela convocó a Lastenia de Mantinea y Axiotea de Fliunte, Aspasia de Mantinea y Diotima de Mileto. Las escuelas cínica, cirenaica, estoica y epicúrea tuvieron integrantes mujeres, como Hiparquía y Areta de Cirene. La concepción de Aristóteles sobre las mujeres, que se difundió en el Imperio Romano, tiene relación con la ausencia de registros sobre mujeres aristotélicas. Durante el período helenístico se promovió la educación de ambos sexos, especialmente para mujeres aristocráticas. Trabajos arqueológicos realizados en Pérgamo reflejan la participación de las mujeres en torneos de poesía épica, elegíaca y lírica, lectura y caligrafía, y, a causa del dominio de la palabra escrita, fueron maestras, escribas, copistas. El centro intelectual de Alejandría contó estuvo integrado con participantes femeninas, junto a los hombres. En la escuela helenística comenzó a aparecer la expresión “hé didaskálos” junto a “hó didaskálos” y Hermione fue llamada “grammatiké”. Según refieren las autoras, las mujeres siempre formaron parte de la educación de los hijos en el hogar; se destaca a Eurídice, abuela de Alejandro Magno, por su rol de maestra y promotora de la formación de mujeres de miembros

de dirigentes macedonios. En Roma la inspiración provino de la cultura griega. Quintiliano y Cicerón mencionaron a Cornelia, madre de Tiberio y Cayo Graco, aristócrata distinguida y admirada por su estilo, por su fluidez en la lengua griega y en la retórica y la escritura. En cuanto a las escuelas de gramática y retórica de Roma, se distinguieron dos hijas de Augusto, Julia y Livia. Hortensia fue también conocida por sus habilidades con la oratoria. Siendo la castidad, modestia, austeridad, devoción al marido y los hijos los roles de género valorados en las mujeres, algunas mujeres casadas, viudas o en comunidades religiosas, lograron obtener una instrucción, venciendo incluso prejuicios sociales. En la Antigüedad tardía, las posibilidades de educación para las mujeres se ampliaron. En la Antigüedad occidental, asimismo, se hallan, asimismo, testimonios del trabajo sobre el lenguaje.

Helena Sanson aborda en el segundo capítulo el tema del rol de las mujeres en la codificación del lenguaje en Italia (período comprendido entre las últimas décadas del s. XV, con el establecimiento de la lengua italiana, hasta la unificación de la península en 1861), a partir de una tradición de fragmentación política y lingüística hasta la conceptualización de Bembo, quien propuso que la lengua toscana de Dante, Petrarca y Boccaccio fuera la utilizada en la literatura italiana. Al no consistir en una lengua materna, las mujeres quedaron excluidas por su histórico apartamiento de la vida literaria. Durante el siglo diecisiete en particular, el acceso restringido de las mujeres a la educación tornó materialmente difícil encontrar a autoras de gramática, lo cual se refleja en el *Vocabolario degli Accademici della Crusca* (1612). Superada la polémica planteada en la denominada *Questione della lingua*, comenzaron a surgir mujeres traductoras, incluyendo a monjas. Entre ellas, Ippolita Clara (1487-1540) se dedicó a la *Eneida*, y aportó su punto de vista sobre el toscano. Otro grupo se dedicó a la traducción de textos religiosos, como Laura Battiferri Ammannati de Urbino y Chiara Matraini, de Lucca. También se produjeron traducciones de textos del griego al italiano o al latín, como los trabajos de Olympia Fulvia Morata y Tarquinia Molza, de Modena.

El tercer capítulo está a cargo de Wendy Ayres-Bennett, quien señala que los primeros textos metalingüísticos en francés aparecieron alrededor de la década de 1530, enmarcados en un proceso de codificación similar al que atraviesan otros países occidentales con lenguas derivadas del latín que entraron en contacto con lenguas vernáculas. El capítulo se centra en el trabajo de las mujeres desde esa década hasta 1900, y a tal fin presenta gramáticas, diccionarios y otros textos metalingüísticos, ampliando el rango a textos dedicados a mujeres y mujeres pretendidamente destinatarias de las obras, como asimismo a editoras de ediciones críticas, filólogas y, en particular, traductoras y educadoras (sobre todo estas últimas en el siglo veinte). El primer ejemplo de una mujer que produjo textos metalingüísticos en Francia fue Marie de Jars de Gournay (1565-1645), defensora del uso poético del lenguaje y alumna de Montaigne; fue maestra, moralista, traductora y lingüista. Otra destacada autora fue en el siglo diecisiete la lingüista Marguerite Buffet, quien intentó enseñar a las mujeres cómo escribir y hablar bien (lo que, en lo sucesivo, caracterizó los trabajos de las mujeres). La más famosa gramática del siglo dieciocho fue Emilie Du Châtelet, formada en el contexto de la gramática de Port-Royal. Su gramática (1709) es un excelente ejemplo del trabajo personal de una mujer que trabajó con fuentes incluso contradictorias (Port-Royal, Buffier y Vangelas). El diccionario de Marie-Marguerite Brun y el *Traité de la prononciation ou Nouvelle prosodie* (1836) de Sophie Dupuis son ejemplos de los aportes de las mujeres. Durante el siglo dieciocho se publicaron gramáticas para las mujeres, que, por el tipo de destinatarias anunciadas en el título, presagiaban un tinte peyorativo hacia ellas. La traducción fue una actividad fértil, asociada a la gramática, con famosas traductoras de clásicos como Anne Dacier y Emilie Du Châtelet. En cuanto a la formación de niñas y niños, Ayres-Bennett recuerda que dicha función dependió por siglos de las familias y su situación social. Los

salones tuvieron asimismo influencia en la educación no formal de las mujeres, quienes accedieron a instituciones privadas a partir de 1800 y como parte de la burguesía exclusivamente. En 1880 se institucionalizó la educación secundaria para jóvenes y recién en la segunda década de 1900 la educación secundaria fue gratuita y, así, más accesible para la clase trabajadora. Durante el siglo diecinueve proliferaron los manuales de gramática para mujeres, y aún antes de la renovación de las políticas educativas fue promovido su aprendizaje de lenguas extranjeras. La autora entiende que cualquier historia de la estandarización y codificación del francés debe tener en cuenta el rol de la Academia francesa. Desde que fue elegida Marguerite Yourcenar (entre 1980 y 1987), solo hubo otras ocho mujeres académicas, entre un total de setecientos treinta y un integrantes. La ausencia de mujeres en la Academia, según la opinión de Ayres-Bennett, se relaciona con los problemas de inserción de las mismas en el área.

El cuarto capítulo, encomendado a María Luisa Calero Vaquera, se extiende desde los primeros intentos de codificación de la lengua española a fines de 1400 hasta las primeras décadas del siglo veinte. Incluye obras metalingüísticas mayoritariamente escritas por hombres (gramáticas y diccionarios), las obras en latín de las *puellae doctae* y escritos en lengua vernácula de autoras mujeres, incluyendo artículos de prensa, traducciones, obras pedagógicas y de mujeres lingüistas profesionales cuando se las admitió en la universidad. La codificación gramatical del español comenzó con la publicación de la *Gramática de la lengua castellana* de Antonio Nebrija en 1492, dedicada a Isabel de Castilla y encargada por ella, junto a su marido el rey Fernando VII. La reina había encomendado otras obras relevantes, como el *Vocabulario en latín y en romance*, a Alonso de Palencia, las *Introductiones latinae* en edición bilingüe (latín-español) a Antonio Nebrija, y quedó demostrado su interés por la educación cultural y lingüística de las mujeres. Entre 1500 y 1700, época en la que Europa atravesaba la *Querelle des femmes*, las mujeres no aparecieron como autoras (según queda plasmado en el capítulo, en España, la supuesta inferioridad de las mujeres se vio reflejada en textos como *La perfecta casada*, de Fray Luis de León). Las *puellae doctae* fueron mujeres escritoras de los siglos dieciséis y diecisiete que recibieron una educación filológica y científica similar a la de los hombres. Las mujeres españolas se destacaron en el ámbito de la escritura religiosa, y, como máximas exponentes, Santa Teresa de Ávila y Teresa de Cartagena. La influencia de la Inquisición en la escritura de las monjas, a partir del voto de humildad, llevó a que estas utilizaran el castellano en lugar del latín. Durante el siglo dieciocho se expandió el ideario ilustrado en niveles aristocráticos y burgueses, se escribió sobre los derechos de las mujeres y, así, el Real Decreto del 11 de mayo de 1783 fue la primera ley que dignificó oficialmente la educación primaria para las mujeres. Como en otras tradiciones, se publicaron manuales con actividades para promover el buen comportamiento y el habla de las mujeres en la vida pública y privada. El capítulo posee, como característica saliente, una gran cantidad de registros comprobados del rol activo que tuvieron las mujeres en España.

En el capítulo cinco, Sónia Coelho, Susana Fontes y Rolf Kemmler, documentan los trabajos de las mujeres en la tradición lingüística portuguesa desde el siglo dieciséis hasta principios del siglo veinte. En la Edad Media y principios de la Edad Moderna, el acceso a la educación se restringió a los hombres, y no hay siquiera registro de la formación que se daba a las monjas. La educación de las mujeres en 1700 y 1800 se limitaba a las cuestiones relacionadas con la vida doméstica. A finales del siglo dieciocho se determinó que en el orfanato de San Pedro de Alcántara se educara a mujeres huérfanas. Hubo una cierta actividad que benefició a las mujeres ligadas a la infanta María de Portugal, a pesar del preconceito sobre las supuestas capacidades intelectuales limitadas vigente en esa época. Así, numerosas obras mencionadas en trabajos de autores hombres se encuentran perdidas. Las reformas

educativas del siglo dieciocho no incluyeron a las mujeres, y solo pudieron acceder a una mejor educación quienes pertenecieron a clases más acomodadas, que podían solventar una formación privada, dado que aún las enseñanzas en instituciones religiosas no eran gratuitas. Se destaca el trabajo de las Hermanas de la Visitación, de la Orden de Santa Úrsula y de la Orden de la Visitación de Santa María. En esa línea se publicaron el *Breve compendio da grammatica portuguesa para uso das meninas que se educaõ no Mosterio da Visitaçaõ* en 1786, y la *Grammaire des dames*, de Francisca de Chantal Álvarez (1742-1800). El capítulo aporta asimismo una nutrida información sobre obras de mujeres en retórica, traducción, filología, y la descripción de los cambios que se produjeron en la educación de las mujeres a inicios del siglo veinte.

El capítulo seis se encuentra a cargo de Sylvie Archaimbault, quien centró su análisis en las producciones de mujeres del siglo dieciocho en torno a la elaboración de la norma de la lengua rusa. En especial la autora destaca el rol desempeñado por tres mujeres ligadas al centro del poder: Isabel I, Catalina II “la Grande” y la princesa Ekaterina Dashkov. Estas tres grandes mujeres tuvieron en común el hecho de haber sido formadas en otras lenguas maternas (no en la rusa). Hasta el siglo diecisiete la cultura rusa había sido predominantemente religiosa, basada en la enseñanza de miembros de las iglesias, pero la lengua escrita no era homogénea. El objetivo del siglo siguiente y dichas líderes fue codificar una lengua común que permitiera la unificación del estado centralizado. En cuanto Isabel I llegó al poder, mostró que iba a tomar un rol activo en la modernización lingüística, y a ese fin contrató a poetas y teóricos del lenguaje formados en la Europa continental. Su reinado se caracterizó por el desarrollo de la educación y la cultura sin distinción de clase social. En el período liderado por Catalina II continuó el legado de estandarización de la lengua rusa, asistida por la princesa Ekaterina (“la pequeña Catalina”, para diferenciarla de “la Grande”). La Academia Imperial Rusa, presidida por Ekaterina, se dedicó al proyecto de la normalización de la lengua rusa y la edición del *Slovar’ Akademii Rossijskoj* (SAR; *Russian Academy Dictionary* (publicado entre 1789 y 1794), que fue crucial para el pensamiento lexicográfico en Rusia. La participación de las mujeres en la enseñanza de la lengua fue muy escasa, e incluso la educación y emancipación de las mismas cambió recién en la década de 1870, cuando se aprobó su acceso a la educación superior, lo cual llevó a una mayor producción en lengua y literatura por parte de las mujeres. Cuando estuvieron en el poder Isabel I y Catalina II se expandió la labor de mujeres escritoras y a partir de finales del siglo XIX y principios del siglo XX se observó una gran actividad de mujeres en las áreas propias de la investigación lingüística: morfología, sintaxis, lexicología, lengua hablada, tipología lingüística, lingüística computacional y neurolingüística.

En el capítulo siete, Nicola McLelland realiza un recorrido desde las primeras evidencias de trabajos de mujeres en áreas del lenguaje hasta las primeras mujeres que se titularon como maestras de lengua alemana y, en el último período, inclusive lingüistas. Según se desprende de la cita de la Stein 1985 en su introducción, entre 1530 y 1550 se publicó un vocabulario políglota que incluyó el alemán y el inglés, dirigido a “those who did not have a school education, including artificers and women”. Según McLelland, se trataría de la primera referencia a un texto dirigido a lectoras mujeres. Entre 1643 y 1649 fue publicada la obra *Conversation games for ladies*, en dos volúmenes, dirigido a mujeres. En el área de traducción, existe evidencia de trabajos realizados por mujeres a partir de 1620 y, entre las numerosas sociedades de lenguas para promover la lengua alemana en el siglo diecisiete, hubo dos exclusivamente femeninas, independientes de aquellas en las cuales predominaban los integrantes hombres: la Tugendliche Gesellschaft [Sociedad Virtuosa] y la Académie des Loyales [Academia de las Leales]. Con más de cien integrantes mujeres, desarrollaron tareas de traducción y reflexiones sobre el establecimiento de la lengua alemana, que en sentido

amplio son consideradas esbozos de tareas propiamente lingüísticas. Mary Ann Evans tradujo fuera de Alemania la teología germana al inglés, pero es más conocida como George Eliot. A partir del siglo diecinueve se evidencia el interés y la conciencia de las mujeres sobre la importancia del lenguaje, debido a que existen obras dirigidas a ellas como lectoras, por ejemplo, los periódicos y revistas de la época. Se publicaron guías para redactar cartas (la primera en 1692) y para el momento de hablar en público conservando los buenos modales. Aunque en un número más escaso, las mujeres fueron educadas en lenguas extranjeras y a partir del siglo diecinueve se incorporaron como maestras de lengua alemana dentro y fuera del país natal. Las mujeres apoyaron y colaboraron en la producción filológica alemana, como el caso de Caroline, la esposa de Guillermo von Humboldt, y la lingüística histórica y comparativa, en el ejemplo de las colaboradoras de los hermanos Grimm, quienes les dedicaron un capítulo, “women in the house”. Ninguna de estas mujeres tuvo un reconocimiento y quedaron en la historia como colaboradoras o asistentes del trabajo de los hombres. Por oposición, Teresa Albertina Luisa von Jacob-Robinson (1797-1870; trabajó con el pseudónimo Talvj) puede ser reconocida como filóloga por sus reflexiones sobre lenguas a partir del estudio comparativo. La descripción de su trabajo en este capítulo es minuciosa y cautivante. Durante los finales del siglo diecinueve y principios del siglo veinte hubo mujeres que trabajaron en los márgenes de la academia como así también aquellas que tuvieron una educación formal en filología o lingüística y se destacaron fuera del país, a saber, Carolina Michaëlis de Vasconcelos, Luise Haessler o Agathe Lasch.

A cargo del capítulo ocho, Marijke van der Wal y Jan Noordengraaf presentan la tradición iniciada en el siglo dieciséis, cuando el territorio de los Países Bajos se extendía a la zona flamenca de la actual Bélgica, hasta 1800. Esta tradición gramática o lingüística en lengua vernácula comenzó en la segunda mitad del siglo dieciséis, con la publicación de la *Dutch Orthography* (1550), a excepción de Johanna Corleva, autora de un diccionario y una traducción de la *Grammaire générale et raisonnée* (Arnauld 1660) en 1740, pero los autores del capítulo subrayan la carencia de trabajos sobre el lenguaje provenientes de mujeres. En cuanto a la participación en las escuelas de retórica, en la provincia de Brabante las mujeres fueron excluidas, en la de Flandes fueron admitidas como “hermanas”, dedicadas a deberes religiosos y del culto, y en la zona Norte de los Países Bajos no fueron bienvenidas, por lo cual perdieron espacios para lograr una educación general. En 1700 florecieron las sociedades poéticas, entre otro tipo de sociedades civiles, que tuvieron como objetivo mejorar la poesía flamenca, y allí las mujeres podían participar enviando contribuciones anónimas a competencias que se organizaban. En dichas sociedades las mujeres hicieron aportes en poesía, asuntos públicos y morales, pero no formaron parte de proyectos gramaticales. En 1800 surgió la Sociedad Bávara de Lingüística y Poesía, donde las mujeres no tuvieron tanta participación. El papel de las mujeres en las sociedades literarias fue entonces marginal, y en la época de la redacción de la gramática nacional de Weiland (1805) las mujeres no desarrollaron actividades lingüísticas como creadoras sino como destinatarias, salvo la mencionada Corleva. No estaba permitido el ingreso de las mujeres a la universidad, pero podían aprender y estudiar lenguas extranjeras con miembros de la familia o tutores privados; así la poeta Margaretha van Godewijck y Elisabeth Hoofman, quienes aprendieron varias lenguas, incluyendo las clásicas. Los autores ponen de relieve la figura de Anna María van Schurman, nacida en Colonia en 1607 en el seno de una familia noble que con posterioridad se estableció en Utrecht. Adquirió un nivel de formación en lenguas, religión, ciencias y humanidades que no se asimilaba a las jóvenes de su generación, y llegó a publicar una gramática en lengua etíope en 1648, que parece estar perdida. Pero su defensa en favor de la educación de las mujeres hizo que la Universidad de Utrecht la admitiera en sus clases, convirtiéndose en la primera mujer que asistió a una universidad en los Países Bajos. Johanna

Corleva, ya mencionada, formó parte de un movimiento amplio que dominaría los estudios del idioma holandés del siglo dieciocho, y que culminó luego en la codificación. La educación fue el terreno donde más prosperó la actividad de las mujeres. Con las reformas educativas, se fue estableció del rol de las mujeres como investigadoras plenas en el área de la lingüística.

En el noveno capítulo, Tove Bull, Carol Henriksen y Toril Swan se centran en período comprendido entre finales del siglo quince y principios del veinte en Dinamarca, islas Feroe, Islandia, Noruega y Suecia. El interés por la teorización del estudio de las lenguas escandinavas comenzó una vez que las lenguas vernáculas alcanzaron un cierto grado de estandarización. Este capítulo logró reunir una tradición lingüística que dependió en gran parte de la historia política de cada uno de los territorios que integran la región, por lo cual, motivos como la cercanía o distancia del continente, el carácter de reino o de tierra colonizada impactaron en la historia individual, más allá de que, en conjunto, formaran parte de una familia de lenguas. En este escenario, el rol de las mujeres en la historia de la lingüística escandinava se limitó por las posibilidades económicas familiares, las regulaciones estatales en cuanto al acceso de a la educación y a la posibilidad de ingresar al mercado de trabajo.

El capítulo diez, a cargo de Carol Percy, muestra que las mujeres estudiaron y dieron forma a la lengua inglesa desde que los hablantes de la lengua germánica ocuparon el territorio de los británicos en el siglo quinto, y aunque no sea simple tampoco es imposible identificar a las autoras tanto por el uso de seudónimos, de nombres masculinos o a causa de la oralidad. De hecho, tuvieron un rol activo en el proceso de consolidación de la lengua inglesa a partir del celta de esa región, el latín que se usaba en ámbitos eclesiásticos y el francés, arribado con las invasiones normandas, una historia de multilingüismo y complejidad sociolingüística. Las religiosas fomentaron la enseñanza del latín; en el siglo ocho Hilda de Whitby conectó a su abadía con las de Canterbury y Barking. Del siglo once existen trabajos no estrictamente religiosos, como los de Marie de France, y aumentaron los trabajos en lenguas clásicas y vernáculas. En 1300 y 1400, y a medida que creció la autoridad de las mujeres como maestras y alfabetizadoras, el inglés se jerarquizó. Ann Fisher, una de las gramáticas más prolíficas e influyentes, produjo su obra como “A. Fisher”, ocultando su sexo. En ese período se registran obras destinadas a mejorar la conducta y la conversación de las mujeres, pues su comportamiento tenía “efecto civilizador”. El interés por la filología estuvo siempre presente, a tal punto que cuando Darwin publicó *On The Origin of Species*, su prima Hensleigh Wedwood escribió *Dictionary of English Etymology* (1859-1865), que problematizó el origen del lenguaje. Las mujeres participaron con traducciones, edición, dialectología, lexicografía, fonética, y se insertaron de manera progresiva en el ámbito universitario.

En el capítulo once, Bernhard Maier trata el rol de las mujeres en la lingüística celta. El autor destaca la importancia de la historia de la disciplina, ya que a mediados del siglo diecinueve el celta fue mostrado como una rama del indoeuropeo, y su estudio fue considerado importante para la comprensión de la civilización europea. En ese período, las mujeres formaron parte al mismo nivel que los hombres en disciplinas asociadas a la lingüística, como la musicología, el folklore, los estudios literarios y la historia. La escritura de las lenguas celtas comenzó con la cristianización y después de una cantidad considerable de trabajos de reunión crítica de la misma, se considera a la *Grammatica Celtica* (1853) como el documento fundacional de la lingüística celta. Aunque los textos hayan sido publicados por hombres, Maier considera que existió una cantidad importante de trabajo académico realizado por mujeres, que propone dividir en organizadoras de colecciones, filólogas, activistas de la lengua y lingüistas, predominantemente provenientes de Irlanda. El origen económico y social de estas mujeres determinó su posibilidad de acceder a la educación, y, en los años posteriores, trabajar como lingüistas. Antonie Meyer, hermana del celtista Kuno Meyer, pudo

recuperarse para la historia por la descripción que su hermano hizo de su trabajo. Se encuentra verificado el trabajo de mujeres que compilaron y preservaron material que se encontraba en riesgo de perderse, el de una larga lista de filólogas y de activistas de la lengua celta. Durante el siglo veinte se verifica el trabajo en lingüística de una cantidad considerable de académicas, y, en líneas generales, las mujeres que trabajaron en el período tuvieron que enfrentarse a las limitaciones de acceso a la universidad en razón a la discriminación a partir de su sexo.

El capítulo doce se encuentra a cargo de Margaret Thomas, y estudia el trabajo de las mujeres sobre el lenguaje en el período comprendido entre 1600 y fines de 1900, en seis áreas específicas: lexicografía, estandarización del lenguaje, traducción, educación de sordos, gramática y lingüística misionera. El nivel de educación que las mujeres alcanzaron dependió fundamentalmente de las condiciones personales y familiares, y de las limitaciones en la escolarización de acuerdo al sexo. No solo estaba impedida a las mujeres la participación en la vida universitaria, sino que las mujeres nativas y las afroamericanas raramente tuvieron acceso a la educación elemental. Hubo mujeres excepcionales, como Anne Bradstreet (actualmente considerada una gran poeta norteamericana), pero sufrieron un fuerte cuestionamiento por haber aspirado a dedicarse a tareas que no se circunscribieran a lo esperado, la familia y el hogar. La autora muestra que, a fines de 1600, era frecuente que las mujeres, especialmente viudas, dirigieran “escuelas de damas” en sus propios hogares, que colaboraban a su sustento y a las posibilidades de educación de mujeres y varones, por lo tanto la actividad privada de las mujeres también tiene relevancia en esta tradición. Durante la Guerra de la Independencia se jerarquizó el rol de las mujeres y su posibilidad de contribuir a los estudios del lenguaje, y el concepto de ciudadanía comprometida requería la formación de ambos sexos. Cada Estado reguló de manera diferente las posibilidades de acceso a la formación académica, algunos de ellos consideraron que aun para las tareas de maternidad era mejor instruir a las mujeres pero se mantuvieron los roles de género asociados a la feminidad. Desde fines de 1800 decrecieron las posibilidades educación de las mujeres, a pesar de la efervescencia del sufragismo y los movimientos abolicionistas. En el ámbito lexicográfico es muy difícil encontrar rastros del trabajo de las mujeres, lo cual no implica que hayan estado ausentes. Se registran contribuciones lexicográficas ciertas en el proceso de compilación del *Oxford English Dictionary*. Se verifica asimismo una enorme participación de las mujeres en la redacción de manuales que tenían como objetivo establecer parámetros basados en el género para el uso de la lengua en la sociabilización, aunque los datos de autoría permanecen anónimos. Las mujeres tradujeron inclusive lenguas clásicas, de acuerdo al nivel de instrucción que habían alcanzado. Mary Louise Booth, participante del movimiento sufragista, fue una traductora que se destacó por su producción, entre otras traductoras del período que llegaron a oficiar de puente entre civilizaciones, la europea y la nativa. En cuanto a la gramática, las mujeres participaron mayoritariamente en la educación elemental, y pocas escribieron libros de textos hacia los finales del siglo diecinueve, tendencia que revirtió a principios del siglo veinte, con la excepción del período posterior a la Segunda Guerra Mundial. El área de la lingüística misionera, el trabajo de las mujeres que eran a la vez misioneras y lingüistas, fue central en la inclusión definitiva de las mujeres como lingüistas profesionales en el territorio norteamericano dado que, al manejar las herramientas propias de la disciplina, capitalizaron su acceso al campo de estudio.

El capítulo trece, a cargo de Raina Heaton, Eve Koller y Lyle Campbell, se centra en las contribuciones de las mujeres a la lingüística de los nativos asentados en el territorio estadounidense. A diferencia del capítulo anterior, este se centra en los aportes a la documentación de las lenguas nativas del territorio. En el siglo veinte la mayoría de las publicaciones en lenguas americanas nativas se relacionaron con la Oficina de Etnología Americana, y las mujeres nativas hablantes de esas lenguas quedaron registradas y

participaron de la documentación de las mismas junto a equipos de lingüistas no nativos y antropólogos. Se destaca el trabajo de Ella Cara Deloria, lingüista antropóloga nacida en la reserva Yankton Sioux y formada en las universidades de Chicago y Columbia, con una enorme producción en lingüística sobre lengua sioux. El campo disciplinar incluyó disquisiciones en torno al método de investigación y la reflexión en torno al alcance de la antropología y de la lingüística en la descripción de las lenguas nativas. Las tres mujeres más relevantes en lingüística de pueblos originarios de Estados Unidos del siglo veinte fueron Lucy Freeland (1890-1977), Gladys A. Reichard (1893-1955) y Mary Rosamund Haas (1910-1996).

El capítulo catorce, a cargo de Jane Simpson, documenta que, en el *Australian Dictionary of Biography* (Dawson 2012), de las más de mil mujeres de la Australia colonial, solo cerca de doce contribuyeron a los estudios del lenguaje, sea como maestras de la lengua, traductoras o etnógrafas, lo que se condice con las condiciones de aprendizaje y trabajo permitidos a las mujeres, en concurrencia con las dificultades geográficas respecto de centros de investigación continentales. En el siglo diecinueve la enseñanza de lenguas fue el principal medio de sustento de las mujeres, trabajo que permitía a los alumnos el acceso a la educación superior. Según la autora del capítulo, las mujeres contribuyeron a documentar algunas de las aproximadamente trescientas lenguas nativas de Australia; en este trabajo participaron tanto hablantes autóctonas como no indígenas. El capítulo contiene ricos gráficos relativos a la distribución de los centros y los datos demográficos necesarios para comprender el problema que enfrentaron los lingüistas en la descripción de las lenguas nativas, de ciertos rasgos fonológicos y un extenso catálogo de autoras.

En el capítulo quince, Momoko Nakamura señala que Japón posee una larga tradición en estudios del lenguaje. Sin embargo, la autora señala que recién después de la Segunda Guerra Mundial surgieron obras de jóvenes lingüistas, y aun figuras como las de Jugaku Akiko y Kunita Yuriko datan de la década de 1960. En ese momento fueron reconocidos los roles de las mujeres en la formación de la lengua japonesa, especialmente en el área poética. Existen no obstante numerosos registros de textos que versan sobre el habla de las mujeres o “libros de conducta”, que regulaban su manera de hablar: era una normativa sobre el discurso femenino a fines de controlarlo, dominarlo y de construir una feminidad basada más en cómo debían hablar las mujeres que en el contenido. Existen registros de mujeres que han participado en la elaboración de silabarios, tanto *mana* como *kana*. Las madres de clase alta participaron en este proceso; escribieron libros de conducta para sus hijas antes de casarse (períodos Kamamura y Muromachi). La educación promovía la actitud silente de las mujeres, y, así, a partir del *Fujin yashinaigusa (Book to Educate Women)* (1689), se fue naturalizando la relación de la prudencia de las mujeres con el silencio. Los cambios sociales causados por el encuentro con las democracias occidentales no tuvieron repercusión sobre la situación de las mujeres. En la actualidad, en relación con las prácticas lingüísticas, se destaca *onna kotoba* (lenguaje de las mujeres ligado a la forma de hablar delicada y cortés, es decir, “a la feminidad”) y en contraste *nyōbō kotoba*, el estilo del discurso de las mujeres de la corte. El capítulo presenta las vidas de dos mujeres en especial, Wakamatsu Shizuko (1864-1896) y Chiri Yukie (1903-1922) cuyos trabajos ligados al área de la lingüística resultan de gran valor para nuestra disciplina.

El capítulo dieciséis, a cargo de Mariarosaria Gianninoto, describe las particularidades de las creaciones de las mujeres en el área lingüística en el territorio chino. China posee una de las más antiguas y ricas tradiciones de estudios filológicos, sobre todo en lexicografía, gramatología y fonología, relacionados con la constitución del canon de Confucio y con el sistema imperial de evaluación para reclutar a los civiles dispuestos a servir al gobierno

imperial.¹ La educación era un privilegio de una minoría masculina; sin embargo, existieron algunas mujeres eruditas en la historia de China que ocuparon posiciones en la corte. Por lo general, las mujeres ocuparon roles no institucionales en la alfabetización, en la esfera doméstica, y hay registros de obras pedagógicas dirigidas a las jóvenes estudiantes. Este capítulo se extiende desde la constitución del imperio unificado (221 a. C.) hasta la caída del imperio (dinastía Qing, 1911). El período de la dinastía Han fue crucial en el desarrollo de los estudios lingüísticos chinos, porque en él tuvo lugar la constitución del canon de Confucio. A ese fin, se realizaron trabajos lexicográficos que constituyeron la base para los estudios filológicos chinos, pero las mujeres no participaron en estas obras. Sin embargo, Bân-Zhào tuvo un trabajo notable en el área, y llegó a ser la autora de la destacada versión anotada de *Biographies of Eminent Women*, aunque lamentablemente esta obra no se conservó. *Lessons for Women* es uno de los primeros textos dirigidos a la educación de las mujeres chinas; contiene preceptos e indicaciones para el comportamiento de las mujeres (quienes recibían una educación diferente a los hombres, menos elaborada). China tuvo una única emperatriz, Wû Zhào, quien tuvo una enorme incidencia en la lengua ya que incorporó nuevos caracteres a la misma. Es destacable el trabajo misionero de mujeres occidentales en China,² contribuyeron al desarrollo del entrenamiento lingüístico de las nativas. Este trabajo misionero de las mujeres amplió en paralelo el espectro del área religiosa, puesto que se efectuaron traducciones, transcripciones y diversas actividades con la lengua, incluyendo propiamente la alfabetización.

A cargo del capítulo diecisiete, Laurie L. Patton remarca las asociaciones entre lo femenino y el poder a partir de la tradición védica de la India. En efecto, el himno védico RV 10.70 y el RV 10.125 honran al discurso como la diosa *Vāc*, diosa de la elocuencia. Aunque la idea de discurso como divinidad femenina en la antigua India no implica que necesariamente las mujeres hayan sido representadas como especiales custodias del conocimiento lingüístico en sí mismo, sí es cierto que varios poemas védicos mencionan a mujeres poetas. *Goṣha* fue mencionada como una mujer con buen manejo de los mantras védicos. Aunque en menor cantidad que los hombres, las mujeres estaban incluidas, con fundamento en los textos sagrados, en la creación lingüística y el mantenimiento del universo. La autora del capítulo muestra que en el período védico (última mitad del milenio anterior a nuestra era), se instruía a las mujeres en los *Grhya Sūtras*. Éstos describen la vida de las mujeres; se trata de rituales que tienen que ver con distintas áreas del lenguaje. En la literatura *Vidhāra* sucede algo similar: en la misma se observa el dominio del lenguaje ritual por parte de las mujeres, lo cual revela su acceso al estilo, composición y métrica del sánscrito. El uso del masculino genérico, por otra parte, podría tener que ver con la obligación de sacrificio que regía para ambos sexos. Los *Upaniṣhads* permiten apreciar el rol que podían tener las mujeres, como sucede en las historias de *Gārgî* y *Maitre*, mujeres que tomaban parte de debates filosóficos y relativos al discurso. El capítulo se desarrolla a partir de la antigua tradición de los libros sagrados de la India, y de ese modo se asocia a las deidades femeninas con las formas de actuar de las mujeres, su discurso y su rol en torno al lenguaje (Saravastî, la diosa del conocimiento, la elocuencia y la música). La tradición tántrica enfatiza la relación de las mujeres y de las mujeres lingüistas con el lenguaje. La tradición literaria de las mujeres recibe un análisis específico hacia el final del capítulo.

El capítulo dieciocho, a cargo de Fatima Sadiqi, muestra que la lengua de los árabes se remonta al siglo cuarto antes de Cristo y pasa por distintos períodos. A partir del establecimiento del Islam en el siglo sexto de nuestra era, el árabe fue asociado con la

¹ Sistema que perduró por unos 1300 años, para el cual se preparó un corpus de textos conocidos como los “clásicos”, en el sentido de la autoridad que tenían dentro de la sociedad.

² Merece ser destacado el trabajo de Adele Marion Fielde.

religión, y, aunque antes del Islam existía la escritura, se distinguió el árabe coránico del clásico. Este capítulo se centra en los períodos clásico, medieval y premoderno, y la expresión “ciencias del lenguaje” (*‘ulûm al-lugha*) es utilizada en su acepción tradicional, opuesta a la usada actualmente, *al-lisâniyyât*, compatible con “lingüística”. Hombres y mujeres contribuyeron directa e indirectamente a las ciencias del lenguaje, pero las mujeres fueron apartadas del canon lingüístico árabe. Las fuentes que estudian la poesía preislámica registran las contribuciones de las mujeres. Entre ellas, *Al-Khansâ’* es considerada una de las más grandes poetas árabes. Los testimonios de creaciones poéticas de las mujeres culminaron con el advenimiento del Islam, y los aportes de las mujeres pasaron a tener un carácter religioso. El papel de las mujeres en la poesía fue importante en el proceso de codificación de la lengua árabe y el capítulo alienta la realización de futuros estudios de profundización. En cuanto a las mujeres citadas, existe un análisis minucioso de las mujeres ligadas al Profeta como asimismo de la participación femenina en lenguaje estrictamente legal, la participación en el legado lexicográfico, gramatológico y de la enseñanza de la lengua.

Finalmente, en el capítulo diecinueve, Helma Pasch, en sintonía con los demás colaboradores de la obra colectiva, señala que es escasa la información sobre las producciones de mujeres africanas en el área de la lingüística, en cualquiera de sus variantes, con anterioridad a las primeras décadas del siglo veinte. Inglaterra, Alemania y Francia, como potencias colonialistas, estuvieron muy interesadas en promover en esa época la investigación lingüística dado que la mejoría en la comunicación con los pueblos originarios generaba como contrapartida una mayor capacidad en la gestión de los asuntos administrativos en África. En Inglaterra, numerosas mujeres con talento se formaron en el SOAS, Escuela de Estudios Orientales Africanos, quienes produjeron estudios importantes sobre las lenguas africanas, en especial Alice Werner, Ida C. Ward y Liliás Armstrong, reseñadas exhaustivamente en el capítulo. En Alemania, las dos guerras mundiales favorecieron la formación de mujeres en lenguas africanas. Francia, por su parte, tuvo la menor participación de mujeres lingüistas de las tres naciones mencionadas. Fuera de Europa, los estudios de lenguas africanas fueron liderados por Sudáfrica y, en todos los casos, los trabajos comprendieron las áreas de fonética de lenguas nativas, las producciones misioneras, enseñanza de lenguas, cuestiones historiográficas y de lenguaje musical. Las mujeres también se dedicaron a misionar personalmente o junto a hombres. Entre ellas se destacaron Gertrud von Massenbach, Cinie Louw y Hendrina Kloekers. Hoy en día, continúa la labor misionera en África y algunas ocupan posiciones de liderazgo en la lingüística africana; éstas a partir de una formación en el área y no solamente misionera.

Resulta imposible resumir el trabajo de estas antecesoras en una reseña bibliográfica, y si bien el tratamiento de los capítulos del texto destaca a quienes trabajaron colectivamente para que fuera posible publicar la obra, cada sección constituye un universo propio con innumerables citas eruditas, que estimulan la investigación en el área. Para los profesionales de la disciplina, esta obra es una piedra fundamental de la historiografía lingüística basada en las mujeres. Para los lectores no profesionales, pero que se interesan en los temas desarrollados en el texto, nos permitimos una indicación que resulta útil aplicar en todas las áreas del conocimiento humano y de las artes: las mujeres han contribuido a la historia de un modo diferente al de los hombres, es decir, con una especificidad propia. Por dicha razón, las aportaciones de las mujeres deben rastrearse intensamente, con métodos de investigación propios y con una perseverancia similar a la que se advierte en esta obra, a fin de lograr hacer visible lo invisible. El campo disciplinar de la Historia de las Mujeres se encuentra en plena juventud; la historiografía de la lingüística con perspectiva feminista, a partir de la edición de esta obra, está encaminada a la expansión.

Bibliografía

Ayres-Bennet, Wendy y Sanson, Helena (eds.). 2020. *Women in the History of Linguistics*. Oxford: Oxford University Press.

Lerner, Gerda. 1975. "Placing Women in History: Definitions and Challenges". *Feminist Studies* 3: 1-2. 5-14.